

19 de febrero

BEATA ISABEL PICENARDI, VIRGEN O.S.M.

### Memoria obligatoria

*Isabel nació probablemente en Cremona en torno al año 1428. Vivía cerca de una iglesia de los Siervos dedicada a san Bernabé y así tuvo ocasión de frecuentar a los frailes de nuestra Orden, cuyo hábito vistió. Se distinguió por la castidad y por su amor a la Eucaristía y a nuestra Señora. Murió en el año 1486. Pío VII aprobó su culto en 1804.*

Del Común de vírgenes.



### Oficio de lectura

#### SEGUNDA LECTURA

De los Ejercicios Espirituales de santa Gertrudis, virgen

(Ejercicios VI y II: SC 127, pp. 228-232 passim, y p. 82)

*Me has procurado una Abogada y Patrona por la que puedo alcanzar fácilmente tu gracia*

Si tu alma siente un vivo deseo de alabar a Dios y no encuentra las palabras proporcionadas a su dignidad, pide al Señor Jesús, que tanto te ama, que sea él quien se glorifique a sí mismo en lugar tuyo, con la alabanza que él se merece, la que a él le agrada y con la que se deleita, diciéndole con toda devoción:

«Bendígate, Dios mío, la santa gloria de tu divinidad, con la que te dignaste llenar y habitar durante nueve meses las castas entrañas de la Virgen María. Bendígate el altísimo poder de tu divinidad, que se inclinó para mirar la pequeñez del valle virginal. Bendígate tu omnipotencia creadora, Dios altísimo, por la que pusiste en la rosa virginal una gracia, hermosura y belleza capaces de cautivar tu mismo amor.

Bendígate tu admirable sabiduría, cuya gracia sobreabundante hizo que toda la vida de María, su cuerpo y su alma, fuera digna de ti. Bendígate tu amor fuerte, sabroso y dulcísimo, que hizo que tú, flor y esposo de la virginidad, te hicieras hijo de la Virgen. Bendígate el abajamiento de tu majestad, que me adquirió los tesoros de la herencia eterna.

Bendígate la adopción que hiciste de nuestra humanidad, que me llamó a la participación de tu divinidad.

Bendígate el destierro que soportaste por mí durante treinta y tres años, con el fin de hacer retornar a mi alma descarriada a la fuente de la vida eterna. Bendígate todos los trabajos, dolores y sudores de tu humanidad, con los que santificaste todas mis angustias, tribulaciones y debilidades.

Bendígate la experiencia de mi miseria, ocasión de que tú fueras para mí un padre rico en misericordia y Dios de infinita clemencia. Bendígate tu amor sin límites, por el cual tú mismo te convertiste en precio de mi redención. [...] Bendígate la amargura de tu preciosa muerte, que por amor a mí sufriste en lugar mío [...]».

Y ahora, adhiriéndote totalmente a Dios, que tanto te ama, pide al Señor que él, junto con su amada madre la Virgen María, y con todos los coros celestiales, se ofrezca a sí mismo como víctima de alabanza, [...] y él mismo [...] pulse el arpa de su divinidad y la citara de su humanidad, diciéndole de corazón estas palabras:

«Te alabe en mi lugar, Dios de mi vida, la divinidad de tu majestuosa Trinidad, tu unidad de esencia y distinción de personas, unidas por una dulce sociedad y por una recíproca e íntima

familiaridad. Te alabe la sublimidad de tu incomprensible dignidad, tu inalterable eternidad, tu incontaminada pureza, tu santidad origen de toda santidad, tu gloriosa y perfecta felicidad. Te alabe la carne purísima de tu humanidad, con la cual me purificaste, al hacerte hueso de mis huesos y carne de mi carne (cf. *Gn 2, 23*).

Te alabe en mi lugar el dignísimo corazón y el alma de la gloriosísima Virgen y Madre santa María, que elegiste por madre porque asilo pedía mi salvación, para que tenga siempre abierta la puerta de su clemencia maternal. Te alabe la constante solicitud que tienes por mí, gracias a la cual me has procurado una abogada y patrona por la que puedo alcanzar fácilmente tu gracia, y en la que espero confiadamente que me esté reservada una misericordia eterna. Te alabe este tabernáculo de tu gloria, el único que hallaste digno de tu santa morada, por el que puedes suplir perfectamente la adecuada alabanza y glorificación que yo te debo [...].»

Y ahora, eleva tu oración a la Virgen Madre, para que ella ruegue por ti:

«Ea, cándido lirio,  
mi mayor esperanza después de Dios,  
oh dulcísima María,  
habla en mi favor ante tu amado Hijo,  
aboga eficazmente por mí.  
Defiende con interés mi causa.  
Alcánzame con tu misericordia lo que deseo;  
porque en ti confío,  
mi única esperanza después de Cristo.  
Muéstrate conmigo madre bondadosa.  
Haz que el Señor me reciba  
en la intimidad de su amor  
como en la escuela del Espíritu Santo,  
ya que tú, más que nadie,  
puedes alcanzar esta gracia de tu amado Hijo.  
Madre fiel, vela por tu hija,  
para que sea en todo momento fruto de amor vivo,  
crezca en santidad y persevere  
regada por el rocío de la gracia  
que desciende del cielo».

## RESPONSORIO

cf. *Sal 102, 22; Lc 1,46-47*

**R/.** Bendigan al Señor, todas sus obras; \* Bendice, alma mía, al Señor.

**V/.** Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador.

**R/.** Bendice, alma mía, al Señor.

**O bien:**

De la «Leyenda» sobre la vida de la beata Isabel Picenardi

(En *Moniales OSM, I*, [1963], pp. 29-32)

*Confidente de la Madre de Dios*

Isabel nació en Cremona en 1428. Siendo aún de tierna edad fue educada en Mantua; su gran devoción a la Virgen María la impulsó a guardar castidad perpetua bajo el hábito virginal de los Siervos, a pesar de que su padre, Leonardo, que era entonces administrador del Marqués de Gonzaga, intentó repetidamente casarla con algún personaje de la nobleza.

Esta virgen fiel, desde la flor de su juventud, llevaba siempre el cuerpo ceñido por un cilicio y por un cinturón de hierro de cuatro dedos de ancho. A diario rezaba el Oficio divino según el rito de la Curia romana; recibía con frecuencia la sagrada comunión de manos de fray Bernabé de Mantua, con el que se confesaba diariamente, y se deshacía en lágrimas al recibir estos sacramentos.

Sufrió diversas enfermedades, sobre todo después de la muerte de su padre, cuando se fue a vivir a casa de su hermana Ursina o Ursulina, casada con Bartolomé de Como, hombre de noble cuna; allí estuvo hasta el fin de su vida, en una habitación apartada, cerca de la iglesia de san Bernabé, de la Orden de los Siervos de María, que estaba ubicada en la calle del «Cisne». Todo el mundo acudía a ella como a un oráculo y la consideraba como una confidente de la Madre de Dios. Gozaba del don de profecía, lo que le permitió predecir el día y la hora de su muerte; al acercarse este momento, padeció por espacio de nueve días unos cólicos atroces; ella, sin embargo, daba siempre gracias a Dios y a la santísima Virgen porque moría conservando intacto el lirio de la virginidad y porque nunca había pedido nada a la Madre de todas las gracias sin haber sido escuchada por ella.

Cuando era ya inminente el momento de su partida de este mundo, se le vio con los oídos atentos, como si escuchara una melodía celestial; los crueles dolores que soportaba no disiparon la alegría que se reflejaba en su rostro gozoso y sereno, con la mirada fija, como si estuviera viendo a su lado a nuestro Señor Jesucristo y a su piadosa Madre. Murió el día 19 de febrero de 1468, en viernes, el mismo día de la muerte del Señor, a cuya cruz unió sus sufrimientos, que superó con extraordinaria fortaleza.

## RESPONSORIO

cf. *1Co 7, 34; Mt 25, 7 -10*

**R/.** Isabel, virgen prudente, fue santa en el cuerpo y en el espíritu. \* Cuando llegó el Señor, entró con él al banquete de bodas.

**V/.** Se preocupó de las cosas del Señor y conservó encendida su lámpara.

**R/.** Cuando llegó el Señor, entró con él al banquete de bodas.

O bien:

### *En penitencia y oración aguardaba a Cristo*

Isabel, hija de Leonardo Picenardi y de Paula de Nuvoloni, nació probablemente en Cremona hacia el año 1428. Poco después de su nacimiento, su padre se fue a vivir con toda la familia a Mantua para desempeñar el cargo de administrador del Marqués de Gonzaga. Isabel se educó en esta ciudad y vivió cerca de la iglesia de san Bernabé, que entonces era regida por los Siervos de María de la Congregación de la Observancia, lo que fue motivo de un trato frecuente con los frailes de nuestra Orden; esta circunstancia no dejaría de influir en la formación Espiritual de la joven Isabel.

Su padre quiso darla en matrimonio a alguno de los principales de la ciudad, pero ella, deseando a toda costa guardar su virginidad, rehusó con firmeza el matrimonio y a la edad de veintiún años se consagró a Dios y vistió el hábito de las «Manteladas». Primero vivió en la casa paterna a la manera de una religiosa; luego, al morir su padre, se fue a vivir con su hermana Ursina, casada con el aristócrata Bartolomé de Como. Allí, en una habitación apartada, pasó el resto de su vida, no lejos de la iglesia de los Siervos.

Las virtudes más destacadas de la beata Isabel fueron el amor a la Virgen, la castidad, la fervorosa penitencia, el espíritu de oración, el amar a la Eucaristía.

Se dedicó con tanto fervor a la Madre de Cristo que, a imitación suya, quiso guardar perpetua virginidad. Cultivó con tanta delicadeza la castidad que, en los últimos instantes de su vida, daba rendidas gracias a Dios y a la santísima Virgen porque moría conservando intacta la flor de la virginidad.

A pesar de las diversas enfermedades que padecía, mortificaba severamente su cuerpo, llevando en todo tiempo un cilicio y un cinturón de hierro.

En penitencia y oración aguardaba a Cristo, su Esposo. Cubría de alabanzas al Señor e intercedía por la salvación de los hombres recitando el oficio divino «según el rito de la Curia romana» difundido por los frailes mendicantes.

Contra la costumbre de su tiempo, recibía con frecuencia el pan eucarístico de manos de fray Bernabé de Mantua. Al final de su vida acudía diariamente al sacramento de la Penitencia.

Esparcida la fama de su santidad, la gente acudía a ella para consultarla, pues la consideraba un oráculo divino; y dado que muchas veces alcanzó para sus conciudadanos los favores celestiales por intercesión de nuestra Señora, recibió el apelativo de «confidente de la Madre de Dios».

Muchas doncellas siguieron su admirable ejemplo y formaron una fraternidad regular de la Tercera Orden.

Un año antes de morir quedó patente el sincero amor que prodigaba a nuestra Orden pues, además de otros detalles, legaba a los frailes del convento de san Bernabé el breviario con el cual cantaba las alabanzas divinas y una suma de trescientos ducados. Antes de ir al encuentro del Señor, en el instante en que arreciaban los cólicos - narra el autor de la «Leyenda» -, fue confortada con la presencia visible de Jesús y de su misericordiosa Madre y de una dulce melodía celestial. Murió el 19 de febrero de 1468.

Su cuerpo fue venerado y custodiado en un sepulcro de la iglesia del convento de san Bernabé; luego, al desaparecer éste, fue trasladado al pueblo de «Tor de' Picenardi», en la provincia de Cremona. El papa Pío VII en el año 1804 concedió a toda la Orden la facultad de celebrar la Misa y el Oficio propios de la Beata.

## RESPONSORIO

*Cant 2, 14; Sal 62, 2*

**R/.** Muéstrame tu rostro, \* Déjame oír tu voz.

**V/** Mi alma está sedienta de tí, mi carne tiene ansia de tí.

**R/.** Déjame oír tu voz.

*La oración conclusiva como en Laudes.*

## Laudes

**Benedictus, ant.**

Pidan y se les dará;  
busquen y hallarán,  
llamen y se les abrirá.

## ORACIÓN

Suscita en nosotros, Señor, un espíritu de generosidad y de entrega, que, alimentado por la Eucaristía y el amor a la santísima Virgen, nos impulse como a la beata Isabel, a dedicar la vida al servicio de los hermanos. Por nuestro Señor Jesucristo.

## Vísperas

**Magnificat, ant.**

Se hizo pequeña en las grandezas humanas,  
y alcanzó el favor de Dios:  
le fueron enseñadas muchas cosas  
que exceden la inteligencia humana.

**La oración conclusiva como en Laudes.**